

Almela y Vives  
El palacete de la Malvarrosa  
(*El Día Gráfico*, 2-2-1928)

¡La Malvarrosa! ¿Verdad que ese nombre, tan lleno de aromas, parece arrancado de los octosílabos de un romance o de los versículos de una canción popular? La Malvarrosa, sin embargo, parece un nombre de creación artificiosa y reciente. Quizá obedezca a la idea de un fabricante de perfumes que puso a contribución de su industria las plantas aromáticas que crecen generosamente en uno de los parajes más ricamente hermosos de la vega levantina, puesto que en él se alían armoniosamente las bellezas hortelanas con la augusta platitude del mar, siempre igual y eternamente distinto.

Y en la Malvarrosa comenzó a edificar Vicente Blasco Ibáñez sus sueños de gloria con la edificación de un palacete. Y que antes se levantaba sereno y que ahora, con las expansiones de la ciudad, se halla acompañado de una teoría de polícromas casitas.

El palacete, cuya arquitectura siguió los designios de su autor, da sus espaldas a un jardín con estatuas y da su frente a la playa. En la fachada se abre una franca galería con pilares y carótidas. Y en esa galería hay una gran mesa de mármol sostenida por varios grifos: mesa que —según cuenta Camilo Pitollet en su documentadísima monografía sobre *Blasco Ibáñez, sus novelas y la novela de su vida*— pesó tanto con su material de Carrara, que hubo de amenazar la seguridad de una parte del edificio y hubo de obligar a su reconstrucción.

La mansión, en el interior, denota constantemente que nació del gusto y del capricho de un artista, ayudado por otros artistas, pues en la creación y ordenación de la morada intervinieron Joaquín Sorolla y Mariano Benlliure. Por doquiera se ven los relucientes azulejos, los rancios grabados de Germania, las muy delicadas sedas que tejieron los tejedores indígenas. El comedor es una evocación de los refectorios de las viejas alquerías valencianas con su bar, con sus sillas de esparto, con su candil, con sus aurifluentes platos de Manises. ¿Y el despacho? Interesante, interesantísimo. En él abundan las obras de arte. La mesa está colocada de manera que el escritor, cuando escribía, veía sin primeros términos el mar, como si estuviera navegando. Y sobre la silla,

presidiendo la estancia, hay una reproducción del busto que David d'Augers le hiciera a Víctor Hugo joven. Inmediatamente hace recordar la frase de un periodista: «En su casa, Blasco Ibáñez no es más que un huésped, un huésped de Víctor Hugo».

El palacete de la Malvarrosa es, pues, una morada deliciosa, propia para quien guste de vivir en comunión con lo bello.

No es poca la gente forastera o extranjera que se llega a contemplarlo. Y los turistas norteamericanos quedan deslumbrados ante la alegre blancura de la casa, abrazada en su parte interior por unas frondosas, por unas ruborosas adelfas que también parecen cantar un himno de alegría.

¿Alegría?

En estos días no reinaba la alegría en el palacete ni en sus inmediaciones. La jornada se levantó cejijunta. No tardó en liquidarse la estepa de las nubes. Pero la lluvia no era fuerte, de fecundación o destrucción, sino continua, menudita, melancólica. En el jardín había esqueletos de árboles y de arbustos que movían unos brazos descarnados. La playa había ocultado sus arenas de oro en los jergones de unas algas oscuras. El mar tenía un triste color de absenta. Y el palacete de puertas cerradas era frío bajo las lágrimas pluviales.